

**JUAN
HERNÁNDEZ
LUNA**



**SE
LLAMABA
EMILIANO**

SE LLAMABA EMILIANO

JUAN HERNÁNDEZ LUNA (*)

I

¿Quién te dijo, Emiliano, que una Revolución podía realizarse a puro lomo de caballo? ¿Quién te contó que atrás se podía dejar familia y amigos para enfrentarse a la soledad de los cerros pelones y las huizacheras? Sin casi nada de comer, sin posibilidad ya de dormir a pierna suelta, con las estrellas allá arriba, mirándote, incrédulas, como alguien que creció de repente y dijo: “hay que terminar con este carajo estado de cosas”.

Y agarraste caballo y rifle y dijiste allá voy, a partirle su madre a esos desgraciados.

¿Se decía así entonces? ¿Cómo se decía voy a romperles el hocico a esos malandrines hacendados?

Es difícil preguntar a tus ojos dormidos en esas fotos tomadas tras tu asesinato en la Hacienda de Chinameca.

Es difícil encontrarlo también en esas fotos donde te yergues atento a las indicaciones del fotógrafo y miras asustado a la cámara. Y es que esos ojos, los tuyos, son tristes, “de perro apaleado”, a pun-

* Para más información sobre el autor: <http://www.elem.mx/autor/datos/515>

to casi de llorar, acaso por el polvo o por la cantidad de días andados en la desventura del camino.

Es por estas malas razones que se hacen las biografías, para ver si así los muertos hablan y dicen lo que nadie sabe, para meterle luz a la muerte, Emiliano, nomás para eso, para escucharte, por eso escribimos que el día 8 de agosto de 1879, cuando naciste, era un día nublado y seguramente llovería en la mayor parte del estado de Morelos.

Fuiste el noveno de diez hermanos. Tus padres, Cleofas Salazar y Gabriel Zapata, decidieron llamarte Emiliano y acaso pensaron en que algún día cuidarías las tierras de la familia, tendrías un oficio, quizá de caballero como era tradición entre los tuyos. Aunque otros cuentan que desde tu nacimiento, tus padres supieron que serías algo en la vida, porque en el pecho tenías grabada en la piel una marca “en forma de manita”, y aunque no sabían qué significaba, por algo debía de estar; “era una señal”.

Entonces era difícil imaginar que al paso del tiempo te convertirías en un hombre que encabezaría las demandas de miles de campesinos y te lanzarías a la Revolución, al mando de un reducido grupo de 72 hombres fieles a la causa, que haría tambalear al gobierno federal, y al final serías salvajemente asesinado en una emboscada; que tu nombre se convertiría en símbolo de causa por la libertad y contra la injusticia de los desposeídos.

Un apellido que trascendería a tal grado que bastaría que alguien dijera “Zapata” para saber que sólo hay un Zapata en la historia del mundo.

Pero para esto pasarían años, y estos hay que escribirlos, aunque sea brevemente en estas líneas.

Aquí comenzamos.

II

Es difícil reconstruir la historia de los primeros años. Estos tienen que ver con juegos y pesadillas, con ausencias y desamparos. La niñez es un territorio donde se avientan pensamientos hacia el futuro. Los Zapata Salazar eran una familia que vivía del producto del campo y la doma de caballos. Gracias al cuidado de estos animales, todos los hombres de la familia Zapata eran bien conocidos como caballerangos, jinetes, domadores, capaces de hacerse de toda una cuadra de caballos finos, expertos en los aparejos necesarios para la monta de tales animales.

Este era el ambiente campesino en donde creció Emiliano Zapata Salazar.

Se sabe que su primer profesor, o al menos quien le enseñó las primeras letras y a escribir, fue un profesor de nombre Emilio Vera (aunque en algunos documentos aparece como Emiliano Vara), un hombre que había luchado en las guerras de Reforma y de la Intervención. Se cree que si bien no pudo enseñarle mucha gramática, su mayor aporte en la vida de Emiliano fueron sus lecciones de historia Patria.

Otra anécdota recoge el hecho de que Emiliano, al salir de clases a medio día, iba de inmediato por zacate a bordo de su caballo o se dedicaba a cuidar el ganado del español Modesto Rabila, con lo que obtenía unos centavos para ayudar en la economía familiar.

Pero ésta es la infancia. No hay más, acaso un montón de territorio para la imaginación. Será porque los héroes, de pequeños, son igual que todos los niños.

III

En la vida de Emiliano Zapata existe un brinco muy difícil de reconstruir, que va desde su infancia hasta su adolescencia, cuando en 1897, a los 17 años tuvo un altercado con la policía. Se cuenta que fue apresado por protagonizar una riña, de la cual fue rescatado por su hermano Eufemio.

Debido a esto, ambos huyen al estado de Puebla, donde Emiliano permanece trabajando durante un año en la Hacienda de Jaltepec. Fue por esos tiempos en que Emiliano dejó de usar pantalón de manta y pasó a vestir lo que su economía le permitía: pantalón de paño. El primero que tuvo de este tipo lo adornó con monedas de a real.

Aun cuando la causa de su huida al estado de Puebla es una pelea, resulta difícil imaginar a un Emiliano Zapata bravucón y dispuesto a brindar camorra. Y esto es así durante toda su vida, lo cual resulta paradójico para un hombre que decidió empuñar las armas. Aunque para esto se debe tomar en cuenta que tras él existía la decisión de todo un pueblo, cientos de ejidatarios que le depositaron su confianza para que les defendiera ante el gobierno federal.

Los datos sobre Emiliano Zapata comienzan a ser más abundantes en cuanto entra en su vida adulta, cuando ya trabaja y es reconocido como un hombre de bien en su pueblo y los alrededores. De cualquier forma, el mito popular ha permitido que se le agreguen dotes como que era el mejor montador de toros y amansador de caballos y que hasta realizaba suertes de toreo a caballo y a pie.

IV

Mientras tanto en el estado de Morelos una situación se había ido forjando: las desigualdades entre hacendados y ejidatarios crecían el descontento.

Y es que esto respondía a una forma de ver el gobierno, por parte del presidente Díaz. Él y su gente pensaban que arrojando a los campesinos del poder de la tierra, el país podría progresar de mejor manera, aumentaría el nivel de ganancia y los hombres de empresa llevarían riqueza a todas partes.

Las condiciones de marginalidad en que vivían los campesinos les daba a entender que su futuro en nada se modificaría, y comenzaron a protestar. Se fueron formando los primeros clubes de oposición abiertamente contra el mandato de Díaz.

Y es aquí donde nuestro personaje vuelve a aparecer. En 1909, Zapata se une al Club Leyvista de Cuernavaca, apoyando la candidatura de Patricio Leyva para gobernador del estado.

La cuestión era que los ejidatarios no obtenían una respuesta favorable de parte del gobierno; los hacendados ganaban todos los pleitos que tenían que ver con el agua y las tierras que les habían sido despojadas desde tres siglos atrás. Y como la corte favorecía de manera cínica a los hacendados, deseaban que alguien tomara sus demandas y las discutiera con las autoridades.

El hombre que en ese entonces era el presidente del Consejo, José Merino, dijo que ya no tenía suficientes fuerzas para encabezar las demandas de sus compañeros campesinos, así que se propusieron nuevos nombres para llevar adelante las protestas.

Muchos en el pueblo pensaron en Emiliano Zapata, quien tenía buena reputación. La gente lo quería y fue así como lo propusieron para ser su líder.

Luego de votar y ganar la elección, Zapata aceptó ser el representante de las demandas campesinas del estado de Morelos.

De esta forma Zapata llegaba a un cargo de la mayor importancia, luego de haber sido uno de los jóvenes más activos de la zona, firmando protestas, ayudando a la resistencia.

Sin buscarlo, Zapata se había convertido en un calpuleque, lo cual significaba ser elegido por el voto directo de los suyos, la gente del pueblo, recibir y hacerse cargo de los documentos y títulos de las tierras, defender los derechos que en ellos se consagraban y gestionar ante los gobernantes la toma de las tierras que el pueblo necesitaba para sus siembras, y que por derechos antiguos eran suyas. Todo esto auxiliándose con el consejo de los ancianos y la ayuda de los demás campesinos.

V

La situación en Morelos no cambió en lo absoluto al paso de los meses, Díaz cambió de gobernador buscando aminorar las cosas, pero éste continuó con las mismas políticas.

Y mientras tanto iban surgiendo noticias de un hombre llamado Francisco I. Madero, que buscaba formar un movimiento que obligara a Díaz a realizar elecciones libres y democráticas para el relevo de poderes.

Tras diversos avalares y debido a la amenaza que pudiera representar a su gobierno, la policía logra apresar a Madero pero éste escapa de la cárcel y huye a San Antonio, Texas, desde donde manifiesta su disposición para lanzarse a la Revolución el 20 de noviembre de 1910.

Al llegar esta fecha hubo movimientos aislados en Chihuahua y Puebla, mientras que en Morelos nadie pareció hacer nada, y esto porque hubo elecciones en donde algunos consejos municipales obtuvieron triunfos en Tepoztlán y Cuautla, con lo que se pensaba podrían cambiarse algunas situaciones sin necesidad de llegar a un levantamiento armado.

El tiempo demostraría que esto no era suficiente.

Mientras en las ciudades mencionadas los campesinos iban a las urnas a elegir dirigentes, otros hacían caso de la proclama revolucionaria, como Genovevo de la O., quien al norte del estado de Morelos se lanzó a la lucha con apenas 25 hombres y sólo un arma de fuego, un rifle calibre 70.

A principios de 1910, luego de ser enviado a conferenciar con Madero, el profesor Pablo Torres Burgos vuelve de San Antonio, Texas, donde la junta revolucionaria tenía su sede, y llega dispuesto a organizar el movimiento revolucionario.

Torres Burgos aparece en las fotos recargado en un árbol. Tiene las manos en la cintura y el bigote recortado. Este hombre que ronda los treinta años se encargaría de dirigir, en el inicio, la sublevación armada en el estado de Morelos.

Por esos mismos días, los habitantes de Villa de Ayala se apropiaron de tierras de la gente de Anenecuilco, con lo que la situación se volvió tensa en esa zona.

Al ser avisado de la situación, Emiliano Zapata reunió a 80 hombres, les pidió que se armaran y fueron a los ejidos afectados. Al entrevistarse con la gente de Villa de Ayala les dijo que las tierras pertenecían por ley a la gente de Anenecuilco, así que se marcharan.

Por increíble que parezca, bastaron las palabras serenas de Zapata para que los habitantes de Villa de Ayala se retiraran en paz. Sería acaso por su forma de hablar, firme y serena, que algunos cronistas señalan que en rara ocasión entraba en conversación. Su forma de hablar era en frases cortas, rápidas y nerviosas, o serenas y firmes, como chispazos inspirados.

Pronto, el apellido Zapata llegó a oídos del gobierno federal y precisamente por defender las tierras de Villa de Ayala y Anenecuilco, Emiliano Zapata fue reclutado al 9° Regimiento de caballería, estacionado en Cuernavaca.

Ahí permaneció como caballerango del Estado Mayor, a las órdenes de Pablo Escandón.

Seis meses después abandona dicha labor gracias al apoyo del hacendado Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz, quien a cambio del favor lo hace caballerango de sus establos en la Ciudad de México.

Durante las semanas que pasaba en la capital, para el joven casi treintañero le era obvio darse cuenta que los caballos que a él le tocaba atender tenían mayores privilegios que la gente de su pueblo y así lo comentaba a sus amigos.

Pero Zapata no estaba contento de su trabajo y mucho menos de abandonar la encomienda entregada por su gente, así que renuncia al puesto y regresa a Anenecuilco.

Y como la situación por parte del gobierno no mejoraba, a fines de 1910 Zapata decidió derribar las cercas de las haciendas y distribuir a los ejidatarios las tierras por lotes.

Esto permitió crecer la reputación de Zapata como alguien que estaba comprometido con el movimiento y, lo más importante, que era alguien “de palabra”.

Mientras tanto, de manera extraña y descompuesta, nuevos nombres se iban agregando a lo que ya se hacía llamar “Ejército del Sur”.

Además de Emiliano Zapata se hablaba de Otilio Montano, de Margarito Ramírez, de Gabriel Tepepa.

Aun cuando su causa era justificada, la falta de jefatura provocó que los revolucionarios cometieran graves errores al principio, como las atrocidades de Gabriel Tepepa, quien destruyó y saqueó Tlalquitenango y Jojutla.

Al saber esto Torres Burgos, el hombre enviado por Madero, se enojó pero no pudo hacer nada. Poco después era muerto en Tlaltizapan, acompañado de sus hijos. Dicen que los federales lo encontraron durmiendo.

Entonces el movimiento revolucionario en el sur del país, que apenas comenzaba, de inmediato se quedaba sin jefe y además creando una mala reputación.

VI

Estos factores provocaron que al llegar el mes de marzo de 1911, Emiliano Zapata pasara de ser un dirigente de campesinos a ser jefe de una incipiente revolución armada.

Pero antes de salir de Anenecuilco y dispuesto a irse a la Revolución, Zapata tomó los documentos del pueblo, se dirigió a la iglesia y ahí, en una hoja de lata metió los documentos del pueblo. Al pie de la escalera que lleva al coro, los enterró. Así cuidaba los documentos del pueblo que le habían sido depositados (estos documentos se encuentran actualmente en el Archivo General de la Nación).

Su primera acción tuvo lugar en una población que años después sería constantemente ligada a su lucha: Villa de Ayala, cercana a Cuautla. Esto fue el 10 de marzo de 1911.

Todo fue tan sencillo que resulta irrisorio cómo los zapatistas llegan hasta la guarnición, desarman a los militares, cortan los hilos telegráficos y exhortan a los habitantes a unirse a la lucha.

Y muchos les siguen.

Hacer la Revolución era fácil, incluso, lanzarse a la “bola”, lo difícil era la jefatura: detener los ímpetus bandoleros de quienes participaban. Y es que al tomar Chiautla, en el estado de Puebla, nuevamente se cometen atropellos terribles, casas incendiadas, saqueos.

Los “zapatistas”, como empiezan a ser llamados, se convierten en ese momento en sinónimo de bandoleros y saqueadores. Viles ladrones.

Para detener su avance, el ejército federal sale de la población de Izúcar de Matamoros y se batan en un combate terrible donde muere Rafael Merino.

A Zapata le quedaba claro que necesitaba sumar gente a su movimiento. ¿Pero de dónde tomarlos si todos los consideraban bandidos? Una mala fama para crear una revolución.

De cualquier forma, gente de todas partes comenzó a organizarse y a llamarse revolucionarios. Luego este nombre se transformó en zapatistas, todos revueltos en mestizos, criollos, indios.

Hombres y mujeres que se incorporaban a las fuerzas revolucionarias. Con ellos llevaban sus pocas pertenencias, el petate, el instrumento de labranza. Y también les acompañaba la esposa o compañera y algunos iban hasta con sus hijos.

Y entonces el horizonte se convirtió en algo poderoso y lejano. Sabían, intuían que iban a pelear por algo bueno. Las fronteras entre estados como Puebla, Morelos y Guerrero se desvanecieron, eran un mismo conglomerado de campesinos que buscaban lo mismo, mejorar la vida. Así de sencillo.

Otros se vieron imposibilitados de unirse a “la bola” pero igual apoyaban desde su lugar de residencia. Muchos de los campesinos, al ver que se acercaban las tropas federales, enterraban sus rifles y al alejarse los volvían a desenterrar para tenerlos listos y usarlos en caso de enfrentamiento.

Para entonces, Cuautla ya había sido recuperada nuevamente por las tropas federales, así que el 19 de mayo de 1911, los zapatistas intentan recuperarla y nuevamente es imposible detener el saqueo y el incendio del Palacio Municipal y del hotel Morelos.

A pesar de esto, el movimiento continuaba en ascenso. El apoyo al movimiento del que tanto se hablaba en Guerrero era cierto, a tal grado que las tropas zapatistas toman Cuernavaca y el 21 de mayo el general Manuel Asúnsolo le entrega la plaza a Emiliano Zapata.

VII

Y como si por fin las cosas se colocaran en el sitio en que debían de estar, comienzan a llegar buenas noticias: se firman los tratados de Ciudad Juárez, y Porfirio Díaz renuncia al poder tras 31 años, 5 meses y 18 días de haberlo ocupado.

Ante esto, Francisco León de la Barra es designado presidente provisional.

Por esos entonces, Zapata, quien ya tenía un hijo, Nicolás, contrae matrimonio con María Josefa Espejo, hija de unas de las principales familias de Villa de Ayala. Y aunque la familia de ella se opone, igual que la joven, Zapata consigue casarse con ella.

¿Cómo pensar en matrimonio en plena Revolución? ¿En qué momento se daba tiempo para enamorarse? ¿Cómo se enamora el jefe de un ejército hambriento y desorganizado?

La respuesta acaso esté en las palabras de su hermana María de la Luz, quien alguna vez declaró: “Miliano de por sí fue travieso y grato con las mujeres”.

Y éstas, las mujeres, fueron más de veinte durante su vida revolucionaria. Y siete los hijos.

VIII

Las noticias vuelan y tras la partida del dictador, Francisco I. Madero viaja a la Ciudad de México.

El 6 de junio, Emiliano y su hermano Eufemio, acompañados de su estado mayor del ejército del sur, como Francisco Pacheco y Margarito Martínez, llegan a la capital del país para saludar a Francisco I. Madero.

Tras la entrevista, Zapata invita a Madero a visitar los estados de Morelos y Guerrero para que conozca los problemas agrarios de esa parte de la República.

Fue una entrada triunfal a la ciudad de Cuernavaca cuando Madero conoció de cerca a la “raza” que le había ayudado a la derrota de la dictadura, pero faltaba lo más importante: que de verdad cumpliera lo prometido.

Madero y Zapata visitaron Iguala y Chilpancingo, luego fueron a Cuautla.

Ahí fue donde Madero le pidió a Zapata que licencie sus tropas, es decir, que dejen sus armas.

Zapata en un principio está de acuerdo, pero luego lo piensa mejor y dice que sólo dará licenciamiento a sus tropas hasta que se cumpla el Plan de San Luis, aquel manifiesto en que Madero pedía apoyo para derrocar la dictadura, pues Zapata consideraba que éste todavía no se cumplía. Además, la camaradería con que Madero trataba a los hacendados no le inspiraba confianza.

Madero regresa a la Ciudad de México, protegido en su muralla de clase que le impedía entender la propuesta zapatista. Decía cosas como: “Por fortuna este amorfo socialismo agrario que para las rudas inteligencias de los campesinos de Morelos sólo puede tomar la forma de vandalismo siniestro, no ha encontrado eco en las demás regiones del país”.

Es decir que a los campesinos ni siquiera les concedía el derecho a la inteligencia, y llamaba “vándalos” a los seguidores de Zapata.

Esta concepción de clase, y molesto por la renuencia de Zapata de licenciar a sus tropas, le hace enviar a Victoriano Huerta a Morelos para amedrentar a Emiliano.

Esto a Zapata no le gusta, y para mostrar su descontento los zapatistas asaltan la Hacienda de Atlihuayana, toman Yautepec y Jojutla, donde liberan a los presos y arengan a los campesinos para que les sigan en su lucha.

Ante esto, el 14 de agosto Madero sale nuevamente rumbo a Cuernavaca a convencer a Zapata para pedirle que deje su actitud hostil.

Madero es recibido por Victoriano Huerta y luego sale a Cuautla a conferenciar con Zapata.

Zapata se muestra frío y su diálogo es cortante, pues además del incumplimiento de las promesas vertidas en el Plan de San Luis, le molesta que Victoriano Huerta sea el guardaespaldas de Madero. Algo le decía que ese hombre torvo, de mirada esquiva, no era de

fiar. El tiempo le daría la razón. Pero Madero no lo entiende, ni siquiera imagina que ese mismo hombre que le cuida la espalda ordenará su asesinato meses después.

Zapata mientras tanto está allí, y deseaba dejar en claro varias cosas: “No, señor Madero; yo no me levanté en armas para conquistar haciendas; yo me levanté en armas para que se les restituya a los pueblos lo que es suyo; y sepa, señor Madero, que a mí y al estado de Morelos, nos cumple usted lo que nos ha ofrecido o a usted o a mí, nos lleva la...”

Zapata dejó la frase suelta, dio media vuelta y seguido de su escolta salió del hotel y se marchó a reunirse con los suyos.

Y es que todo era una patraña. Madero hablaba con Zapata mientras las tropas de Victoriano Huerta asaltaban Yautepec, enfrentándose zapatistas contra federales en ese ingenio cañero.

A Zapata le informan de la batalla y se lo reclama a Madero. Y cuando éste le pregunta a Huerta, el futuro dictador responde que sólo había hecho un reconocimiento de la zona, que no había buscado pelear con nadie. El Huerta hipócrita se mostraba ya, claramente.

De cualquier forma, buscando calmar los ánimos, Madero telegrafía a Francisco León de la Barra, presidente provisional, pidiéndole retire a las tropas.

Cuando esto ocurre Zapata se da por satisfecho y Madero aprovecha para intentar convencer a Zapata, quien cede, aunque no convencido del todo.

Y es que como se lo dice a Gildardo Magaña:

“Yo como no soy político, no entiendo de esos triunfos a medias, triunfos en que los derrotados son los que ganan; de esos triunfos en que, como en mi caso, se me ofrece, se me exige, que después de triunfante la Revolución, salga no sólo de mi estado, sino también de mi Patria... Yo estoy dispuesto a luchar contra todo y contra todos, sin más baluarte que la confianza, el cariño y el apoyo de mi pueblo. Así hágalo saber a todos y a Don Gustavo Madero dí-

gale que en contestación a lo que de mí opinó, que a Emiliano Zapata no se le compra con oro.”

IX

Y mientras Madero negocia con el presidente provisional para llamar a elecciones libres, a los zapatistas no les gustaba el rumbo que iban tomando las cosas: las tierras seguían sin repartirse, sin poderse trabajar. Grupos de campesinos que se llamaban revolucionarios tomaban poblados y los saqueaban.

Quedaba una esperanza: que a su llegada al poder Madero realizara lo prometido.

El 6 de noviembre de 1911, Madero resulta electo presidente de la República y de inmediato envía a Gabriel Robles Domínguez a Morelos a conferenciar con la raza zapatista.

La respuesta de Zapata es sencilla: quitar al gobernador del estado, general Ambrosio Figueroa, expedir una ley agraria, mejorar las condiciones de vida del trabajador del campo, y en un plazo de 45 días retirar a todas las fuerzas federales del estado.

La respuesta de Gabriel Robles está tan fuera de lugar que demuestra claramente lo poco que conocía el problema agrario. Dijo: “Lo único que puedo aceptar es que inmediatamente se rinda a discreción”. Y aún más, le exigen salir del país.

Ni Madero ni su mensajero imaginaban de lo que eran capaces los zapatistas, y que esa reunión y la respuesta negativa llevaría al país por un camino difícil que costaría demasiados muertos.

¿Así que para esto habían hecho la Revolución y abandonado la familia y dejado atrás el campo?

¿Para respuestas así habían puesto la vida y la sangre?

Se volvía al principio de las cosas, pero ahora era contra un gobierno al que se le había ayudado a llegar al poder, que tenía la

legitimidad de las urnas, lo cual les convertía de inmediato, de revolucionarios en prófugos de la ley, y así lo manejaba la prensa.

Cómo darle garantías a su gente, cómo justificar su rebeldía. Era endemoniadamente simple: necesitaban un plan. El 28 de noviembre de 1911, Zapata lanza el Plan de Ayala —donde se llama cinco veces traidor a Madero—, que en su punto 5° proclama cuestiones tan detonantes como: “la junta revolucionaria del estado de Morelos no admitirá transacciones ni componendas políticas hasta no conseguir el derrumbamiento de los elementos dictatoriales de Porfirio Díaz y de Francisco I. Madero, pues la Nación está cansada de hombres falaces y traidores que hacen promesas como libertadores, y que al llegar se olvidan de ellas y se constituyen en tiranos”.

Amparados en este documento, los zapatistas toman Ticumán, Yautepec, vuelan la vía del ferrocarril, incendian bosques, atacan Cuautla y aunque son derrotados en esta ciudad, sus acciones todas hablaban de su capacidad para moverse y poner en aprietos a las tropas federales.

Hombre de creencias religiosas, Zapata acaso agradeció a la providencia lo ocurrido en las semanas siguientes: la toma de la ciudad de Cuautla y el Plan de Ayala, proclamado en la ciudad del mismo nombre, corrió de boca en boca y de ranchería en ranchería. La gente supo que los zapatistas iban en serio por la defensa de la tierra. Y entonces, todo se volvió efectivamente una bola, “la bola”. Y para acabar con esa bola que amenazaba con crecer a dimensiones insospechadas, en febrero de 1912 el general Juvencio Robles, al mando de una tropa federal, parte a Morelos para detenerlo vivo o muerto.

Zapata es demasiado para alguien como Robles, quien jamás logrará su objetivo. Además, sabe que los vientos comienzan a virar. Le llega la noticia de que en Chihuahua, al norte del país, Pascual Orozco se levanta en armas.

Emiliano se lanza de nuevo al camino y toma Jojutla para obtener un punto de apoyo desde donde reiniciar todo.

Por su parte, Eufemio, su hermano, se lanza a una aventura mayor; intenta tomar la ciudad de Puebla pero es derrotado por la guardia del lugar.

Con el casi total control del estado, Zapata nombra gobernador de Morelos al general Jesús Morales, a quien apodan “El tuerto”.

Y así llega el mes de junio, todo marcha, va bien; la gente conoce el Plan de Ayala, entrega apoyo a los revolucionarios, se suma gente y diversos grupos forman contingentes cada vez mayores.

La fama y el poder de Emiliano y su gente ha crecido a tal grado que en agosto un grupo de fotógrafos —entre ellos el ahora famoso, Agustín V. Casasola— se lanzan al estado de Morelos con el único objetivo de entrevistar al jefe del ejército revolucionario del sur.

Logran llegar al campamento principal ubicado en El Jilguero, pero a Emiliano no le gustan las fotografías, ni siquiera los recibe. Considera que la Revolución no es para andarse retratando, los ideales no pueden ser plasmados en el nitrato de plata, las fotos poco pueden contar de las razones que atañen a quienes combaten.

Y pasan los días. Al llegar el día 9 de septiembre, el general Felipe Ángeles, entonces director general del colegio militar, es designado jefe de las operaciones en el sur, sustituyendo a Juvencio Robles, quien no había logrado la misión encomendada.

Los meses que restan del año se gastan con la rapidez que implican tiempos tan agitados, y al llegar el nuevo año, 1913, la situación en la capital del país cambiará de manera drástica.

Jesús Morales, alias “El tuerto”, a quien Zapata confiara la gubernatura del estado de Morelos, se rinde y acude a Palacio Nacional a entregarle cuentas a Victoriano Huerta, quien ha tomado el control de las intrigas palaciegas y sabe que Madero no es rival para alguien con tantas mafias como las suyas.

Desesperado porque el país se les escurre entre los dedos, Madero renuncia a la presidencia y el Congreso de la Unión nombra a Victoriano Huerta como presidente provisional.

Entre el 9 y el 18 de febrero inicia la llamada “decena trágica”. Diez días terribles. Madero es hecho prisionero con algunos miembros de su gabinete y es asesinado junto con Pino Suárez a un costado de la penitenciaría de Lecumberri.

Por su parte Emiliano Zapata continuaba recibiendo solicitud de entrevistas de emisarios del gobierno federal que le llevaban proposiciones de paz, pero no los recibía. No confiaba en nadie. Ahí estaba el ejemplo de Pascual Orozco quien se rinde al nuevo gobierno.

El 21 de marzo Pascual Orozco padre llega a Morelos a conferenciar con Zapata y es recibido por Otilio Montano, quien lo hace prisionero y lo lleva a la hacienda Tlachichilpa, en el Estado de México, donde ordena su fusilamiento. Era una forma de demostrar que los zapatistas no se andaban por las ramas y en sus ánimos no tenía cabida la palabra “rendición”.

El 30 de mayo se reforma el Plan de Ayala, en donde se desconoce la jefatura de Victoriano Huerta.

Y entonces Pascual Orozco releva a su padre, pero entiende que los revolucionarios son poderosos, así que obtiene apoyo de Huerta y envían grandes contingentes para combatirlos.

En los meses restantes de 1913 y la primera mitad de 1914, Zapata dirige las operaciones militares y las guerrillas en Morelos, Puebla, Estado de México y Distrito Federal.

El 15 de julio de 1914 Victoriano Huerta renuncia a la presidencia de la República. ¿Es que acaso los zapatistas han triunfado? ¿Acaso la Revolución toda ha transformado al país?

Los zapatistas se acercan incrédulos hasta Tulyehualco, Contreras, Milpa Alta.

“Lo primero que supimos de la Revolución fue que un día llegó un señor Zapata, de Morelos, y se distinguía por su buen traje, traía sombrero ancho, polainas y fue el primer gran hombre que nos habló en mexicano. Cuando entró toda su gente traía ropa blanca: camisa blanca, calzón blanco y huaraches. Todos estos hombres

hablaban mexicana. Cuando todos estos hombres entraron en Milpa Alta se entendía lo que decían. Estos zapatistas traían sus sombreros. Cada uno traía el santo que más amaba en su sombrero para que lo cuidara, venían todos con un santo en el sombrero.”

“El señor Zapata se puso al frente de sus hombres y así le habló a toda la gente de Milpa Alta: ¡Júntense conmigo! Yo me levanté en armas y traigo a mis paisanos... Queremos un presidente mucho mejor. Levántense con nosotros porque no nos gusta lo que nos pagan los ricos, no nos basta para comer ni para vestirnos. También quiero que toda la gente tenga su terreno, así lo sembrará y cosechará maíz, frijolitos y otras semillas. ¿Qué dicen ustedes? ¿Se juntan con nosotros?”

Para ser más precisos respecto a lo que Zapata expresó en esa ocasión, es necesario revisar el segundo manifiesto en Náhuatl, pronunciado en ese lugar:

“Que sigamos luchando y no descansemos y propiedad nuestra será la tierra, propiedad de gentes, la que fue de nuestros abuelos y que dedos de pata de piedra que machacan nos han arrebatado, a la sombra de aquellos, los gobernantes que pasaron. Que nosotros juntos pongamos en alto, con la mano en lugar elevado y con la fuerza de nuestro corazón, ese hermoso estandarte de nuestra dignidad y nuestra libertad, de trabajadores de la tierra. Que sigamos luchando y vencamos a aquellos que hace poco se han encumbrado, que ayudan a los que han quitado tierras a otros, los que para sí hacen muchos tomines, dinero, con el trabajo de quienes son como nosotros, esos burladores en las haciendas, ese es nuestro deber de honra, si nosotros queremos que nos llamen hombres de vida buena y en verdad buenos habitantes del pueblo.”

X

El 19 de julio en San Pablo Ostotepec, se formula el acta de rectificación del Plan de Ayala que para los zapatistas sigue siendo “la única bandera honrada de la Revolución”.

Exigen que los asuntos agrarios por los que se habían levantado en armas fueran elevados a preceptos institucionales.

El 13 de agosto se firman los tratados de Teoloyucan, mediante los cuales se rinden incondicional y absolutamente las tropas del ejército federal. Esto permite que las tropas federales, estacionadas al sur del Distrito Federal para detener a los zapatistas, sean desarmadas y sustituidas por tropas constitucionalistas.

El problema es que algunos jefes federales no reconocen los tratados de Teoloyucan, les parece una aberración ceder el poder a hombres que jamás han pasado por la carrera militar, y por esto se declaran en abierta rebeldía a unirse con los zapatistas.

Esto obliga a que los zapatistas tampoco reconozcan a los constitucionalistas.

El principal obstáculo para que los zapatistas obtuvieran el control absoluto de su zona estaba en que el ejército constitucionalista tenía posesión de la Ciudad de México, donde gobernaba Venustiano Carranza, encargado del poder ejecutivo.

Carranza, al conocer la disputa por los tratados de Teoloyucan, envía al licenciado Luis Cabrera y al general Antonio I. Villarreal al estado de Morelos, a conferenciar con Emiliano Zapata para establecer un tratado de paz que le permitiera gobernar la República.

Aun cuando las pláticas se realizan no se llega a ningún acuerdo. Los zapatistas continúan firmes en su posición: Carranza, como primer jefe del ejército constitucionalista y todos los generales que de él dependían, debían asumir el Plan de Ayala, no sólo en su esencia sino en todas sus partes.

A Carranza no le gusta que le pongan condiciones, en todo caso lo mejor era realizar un congreso para obtener apoyos y fortalecer su mandato.

El 1 de octubre, Venustiano Carranza inaugura la Convención Militar, misma que es trasladada a la ciudad de Aguascalientes para que también asistieran los jefes de la División del Norte.

Fue en esta misma convención donde se acuerda invitar a los jefes sureños y se nombra una comisión encabezada por el general Felipe Ángeles, quien de inmediato se traslada a Cuernavaca a entrevistarse con Emiliano Zapata.

Los zapatistas aceptan la invitación siempre y cuando se discuta el Plan de Ayala para su posible aceptación. Ante la respuesta afirmativa, los delegados sureños llegan a la Convención de Aguascalientes, donde obtienen un triunfo al lograr que se reconozca el Plan de Ayala.

Y aún más. Si Carranza calculaba que tras la convención su poder sería fortalecido, la aceptación del Plan de Ayala fue un revés tremendo cuyo remate se dio con el nombramiento del general Eulilio Gutiérrez como presidente provisional de la República, cesando del poder ejecutivo justamente a Venustiano Carranza.

Debiendo asumir la decisión de la Convención de Aguascalientes, las tropas constitucionalistas y fieles a Carranza abandonan la Ciudad de México la noche del 24 de noviembre de 1914.

El periódico El Imparcial pregunta con ironía en su titular ¿Dónde están los zapatistas? ¿Quiénes son los zapatistas?

La respuesta llegaría ese mismo 24 de noviembre de 1914 cuando los últimos carrancistas abandonan la Ciudad de México y los primeros contingentes zapatistas entran a la capital de manera silenciosa; ni siquiera ellos se creen que han tomado la capital del país.

Eran una turba hambrienta y desolada, asombrados por los edificios y los autos. Iban de casa en casa pidiendo con pena comida o agua para beber.

La expectación en los habitantes capitalinos

es general. Salen a los balcones para mirar pasar al hombre de quien tanto se habla, Emiliano Zapata, pero éste no va en el desfile, sólo su hermano Eufemio, quien llega con sus tropas hasta Palacio Nacional.

Tras estas primeras avanzadas dos días después, el 26 de noviembre, Emiliano llega a la capital de la República, pero no le agrada la idea de llegar hasta el Zócalo, así que prefiere establecer su cuartel general en Xochimilco.

Al otro lado de la ciudad, en lo que era entonces el pueblo de Tacuba, había llegado también Francisco Villa, quien viaja hasta Xochimilco para reunirse con Zapata, a quien le acompañaban su hermano Eufemio, su primo Amador Salazar, su hermana María de Jesús y su hijo Nicolás. El lugar de la reunión estaba adornado con flores y trajineras. También había una banda de música.

Obviamente, antes de conocerse ambos jefes revolucionarios habían mantenido correspondencia. Por fin se realiza el tan singular encuentro entre los dos máximos jefes revolucionarios. El uno del norte y el otro del sur. Ambos tan diferentes en sus cuerpos, en sus modales y hasta en su manera de asumir la lucha.

La descripción de un agente norteamericano sobre el encuentro no deja lugar a dudas:

“Villa era alto, robusto, pesaba cerca de 90 kilos, tenía una tez enrojecida, se cubría la cabeza con un saracof, iba vestido de grueso suéter marrón, pantalón de montar color caqui y botas pesadas.”

Por su parte. Zapata, “mucho más bajo, no debía pesar ni 70 kilos, piel oscura y rostro delgado. Su sombrero proyectaba una sombra sobre sus ojos que casi no se le podían ver. Vestía chaquetilla corta negra, paliacate de seda color azul pálido, camisa color lavanda y vestía apretados pantalones negros de corte mexicano con botones de plata cosidos al borde de cada pernera”.

Tras la conferencia, ambos jefes firman un documento donde se pacta la unión de los Ejércitos del Norte y del Sur.

El 6 de diciembre los generales Francisco Villa y Zapata, al frente del poderoso ejército convencionista hacen su entrada triunfal a la Ciudad de México.

Desde el balcón central de Palacio Nacional, el presidente general Eulalio Gutiérrez, su gabinete y los generales Villa y Zapata, presencian el desfile militar, pero éste es tan numeroso que se retiran del balcón para descansar un momento.

Con toda naturalidad, fiel a su estilo, Villa señala la silla presidencial y se la ofrece a Zapata, pero éste ni siquiera considera la idea de sentarse en el mueble. Villa sí lo hace y le siguen otros jefes revolucionarios. Zapata a su lado le observa de reojo, parece intuir que la historia les está observando, que la foto que en ese momento es capturada será vista y recordada.

Abrumado por los días anteriores, Zapata sale de Palacio Nacional y se dirige a un modesto hotel de la calle Moneda, en donde fija su residencia durante su estancia en la capital.

Quien le conoce el carácter sabe que anda encabronado. El objetivo de Zapata al entrevistarse con Villa era que éste reconociera su Plan de Ayala, pero el “centauro del norte” jamás lo hizo. Y es que ésta era la gran diferencia entre ambos jefes revolucionarios: Zapata poseía un plan y contaba con la autorización de su gente para representarlos. Villa no tenía un plan pero se creía superior por el simple hecho de tener un ejército organizado y disciplinado.

Era necesario demostrarle a Villa que en cuestiones militares, los zapatistas eran tan capaces como cualquiera.

Por la mañana, Emiliano se dirige a la estación ferroviaria de San Lázaro y prepara sus tropas con rumbo a Amecameca para dirigir la campaña contra los constitucionalistas, a los cuales derrota rápidamente en los días siguientes, y los zapatistas se posesionan de las plazas de Puebla y Tlaxcala.

XI

Un nuevo año ha llegado. 1915.

El rompimiento con Venustiano Carranza por parte de las fuerzas zapatistas es definitivo. El 16 de enero, por haber salido de la capital el presidente Eulalio Gutiérrez y algunos miembros de su gabinete, la Convención nombra al general Roque González Garza como presidente provisional de la República.

Aprovechando la falta de pertrechos y errores de los zapatistas, el general Álvaro Obregón recupera la ciudad de Puebla.

El 28 de enero ataca y logra tomar la Ciudad de México, por lo que el gobierno convencionista traslada su capital a Cuernavaca, Morelos.

Casi dos meses después, el 10 de marzo, Obregón evacua la Ciudad de México y entra el gobierno convencionista nuevamente.

Y el caos ha vuelto a llegar a la Nación, y las diferentes fuerzas intentan tomar del poder.

El 24 de mayo Francisco Pacheco rinde protesta como ministro de guerra ante el presidente Roque González Garza, pero apenas semanas después, el 10 de junio, la Convención cesa al general González Garza y designa provisionalmente al licenciado Francisco Lagos Cházaro como presidente de la República.

Ese mismo día, el Ejército de Oriente, comandado por Pablo González, ataca y toma la Ciudad de México, por lo que el gobierno convencionista traslada su administración a la ciudad de Toluca, México.

El 12 de julio, el general Pablo González sale de la Ciudad de México para recuperar Pachuca, que había sido tomada por Rodolfo Fierro.

Ese día entran a la Ciudad de México fuerzas convencionistas, mientras Pachuca es recuperada por las tropas constitucionalistas que nuevamente atacan la Ciudad de México el 1 de agosto.

¿Ésta era la Revolución? Un ir y venir de tropas, un desorden de mandos.

Todos deseaban hacer la batalla final, la definitiva, y al final de la tarde sólo quedaba un recuento de muertos, la desesperanza de que nada se había logrado a pesar de la pólvora o las maldiciones, al ver la sangre y seguir disparando en la huida, con el estómago molesto por la falta de alimento, con la tierra ácida entrando en los ojos para recordar que esos mismos ojos hacía tiempo no dormían como dicen que se debe dormir.

Tal vez deseando terminar con esto, Pablo González se lanza con todo sobre los zapatistas al mando del Ejército de Oriente. Los busca por Morelos y Puebla y el Estado de México.

Y a todo esto, ¿dónde andaba Emiliano Zapata?

Era necesario retomar el origen de la lucha, de su lucha, la de sus representados. Lo suyo era una cuestión de tierras que no podían sentir como propias, no era por el poder de la Nación, eso estaba en otro nivel. Era menester resolver el asunto de los campos y los cultivos, era necesaria una reforma agraria.

Durante todo el año de 1915, Zapata intentó reconstruir lo que cinco años de batallas habían dejado. De acuerdo a los viejos títulos de propiedad repartió la tierra a sus legítimos dueños, los campesinos.

Alertado de que los constitucionalistas se disponían a terminar con sus tropas, Emiliano Zapata giró órdenes de que se redoblaran las guardias. Había que detenerlos a como diera lugar.

Hay batallas, pero ninguna es determinante para cambiar el estado de las cosas. Además hay demasiada atención al norte del país donde el asunto de la Revolución sigue vigente.

Así termina otro año e inicia 1916. Zapata continúa con su reforma agraria en el estado de Morelos, mientras Villa regresa al norte.

El 1 de marzo de 1916 los zapatistas se enteran de que Francisco Pacheco quiere rendirse y mantiene tratos con carrancistas, por lo

que se le forma consejo de guerra y se le fusila en Miacatlán, Morelos.

En respuesta, Carranza ordena “pasar por las armas” a toda persona que directa o indirectamente preste sus servicios al zapatismo.

El asunto comenzaba a ponerse mal para los zapatistas. Miles de sus seguidores, tras obtener una parcela de tierra, se habían regresado a sus campos a vivir el asunto de la siembra y la cosecha. Los contingentes revolucionarios disminuyeron de número y fuerza de batalla.

Ésta es una de las razones por las que Pablo González, cuando decide avanzar al sur, no encuentra mayor resistencia, a tal grado que derrota a los zapatistas y ocupa la ciudad de Cuernavaca el 2 de mayo de 1916.

Pero esto no iba a quedar así. Y aunque hace falta todo —desde comida, caballos y armas—, los zapatistas se reorganizan y retoman el asunto de la lucha armada, comprendiendo que ahora ya no tenían la influencia anterior y sólo eran dueños del terreno que pisaban.

Animados por la fe en su lucha y dolidos en el orgullo porque la gente de Carranza hubiese llegado hasta sus dominios, Zapata reorganiza a su gente, pero esta tarea le lleva meses pues los campesinos, sus compañeros de lucha, no desean abandonar los campos hasta pasado el tiempo de cosecha, para dejar algo de comida en casa “por si no regresan nunca”.

Llega el nuevo año, 1917. Decididos, Zapata y su gente atacan a los constitucionalistas. Recuperan Cuernavaca el 14 de febrero de 1917.

Pero el acoso, las presiones, la larga lucha que databa desde varios años atrás, rompían ánimos, provocaban deserciones y, lo que es peor, traiciones, como la de Otilio Montano, justamente uno de los que habían firmado el Plan de Ayala.

Resulta que Otilio había entrado en tratos con los carrancistas para su rendición, y al ser descubierto se le aplicó el mismo tratamiento

que las anteriores traiciones. Tras ser confrontado a un consejo de guerra, Montano fue fusilado en Tlaltizapan el 18 de marzo.

Cuatro días después, el 23 de marzo, Emiliano Zapata y sus tropas atacan Chietla, logrando apoderarse de Izúcar de Matamoros y Amecameca.

XII

Con la llegada de 1918 comienzan a caer lentamente algunas de las piedras que le daban fuerza a la muralla zapatista. La primera noticia es triste: el 10 de enero Sidronio Camacho asesina a Eufemio Zapata, en Cuautla, por una reyerta personal. Y mientras tanto las traiciones continúan. Y sus fieles iban siendo muertos en batallas a las que se iba derrotado de antemano ante la escasez de parque y de personal.

El 23 de diciembre, Pablo González recupera Cuernavaca. Tiempo de canallas, de reveses, de derrotas y traiciones. Los zapatistas fieles siguen resistiendo y en este tormento de sentir que se va quedando solo, alguna vez Zapata confiesa a Serafín Robles: “No veré terminar esta revolución, porque las grandes causas generalmente no las ve terminar quien las inicia, prueba de ello es el señor cura Hidalgo y otros. Y para que triunfe nuestra revolución, será necesario que yo perezca antes”.

Desesperado, Zapata recurre al último recurso, buscar alianzas. El 21 de marzo manda una carta con un fotógrafo ambulante al coronel Jesús Guajardo, quien tenía a su cargo la guarnición militar de Chinameca. En la misiva le ofrece ascensos y dinero con tal de que se una a la Revolución del Plan de Ayala.

Y pronto Zapata recibe respuesta:

“Muy señor mío, por su carta fechada en Cuernavaca el 21 de los corrientes, quedo enterado de la invitación que se ha servido hacerme para que me una con sus tropas a fin de que, a sus órdenes, trabaje por la causa que tiene por objeto el mejoramiento de la gran familia mexicana.”

“Le manifiesto a usted que en vista de las grandes dificultades que tenemos Pablo González y yo, estoy dispuesto a colaborar a su lado, siempre que se me den garantías suficientes para mí y mis compañeros y, a la vez, mejorando mis circunstancias de revolucionario que, en esta ocasión como en otras, se trata de perjudicarme sin razón justificada.”

“Cuento con elementos suficientes de guerra así como municiones, armas y caballada, tengo en la actualidad otro regimiento a mis órdenes, así como otros elementos que sólo esperan mi resolución para contribuir a mi movimiento.”

“En espera de sus letras y suplicando una reserva absoluta sobre este asunto tan delicado, quedo su Afmo. Atento y S.S.”

¿Era sincero Jesús Guajardo?

¿Lo era en ese momento y luego se arrepintió?

¿Escribió tales líneas sabiendo que habría de traicionar a alguien como Zapata?

Acaso nadie le dijo a Zapata quién era Guajardo: el bigote atildado, asiduo de la corbata, el pelo con gomina y peinado hacia arriba, con la frente descubierta y el saco impecable. Alguien de ciudad, de clase acomodada que difícilmente podía comprender las razones de Zapata, su lucha, el desvelo por la tierra.

Tras la respuesta de Guajardo, Zapata envía una segunda carta y Guajardo contesta, pero ahora le llama “muy estimado jefe”, pues afirma, ha decidido cambiar de bando.

En esta segunda carta Guajardo pide 10 mil pesos y 20 mil cartuchos para sus tropas.

“Motivo de satisfacción es para mí afiliarme a la gran causa revolucionaria por la que usted ha luchado, así como los informes que he tenido de distintos jefes, de que soy hombre de convicciones y de ideas firmes, lo cual demostraré a usted con hechos.”

Jesús termina la carta diciendo que le manda una recua de mulas con víveres de primera necesidad y que está seguro que con los triunfos de Villa y Pablo González en el norte, pronto habrán de triunfar.

Frases como “soy hombre de convicciones y de ideas firmes” provocan pensar si es posible tal canallez, tanta hipocresía en Guajardo, pero Zapata se encuentra tan urgido de apoyos que no repara en las sospechas y, sobre todo, cuando recibe noticias de que el 8 de abril Jesús Guajardo ataca la plaza de Jonacatepec, defendida por el general Ríos Zertuche, a quien derrota y toma posesión. Ahí mueren 12 soldados del gobierno y 7 gentes de Guajardo. ¿Qué mejor prueba que esa donde muere gente del bando de Guajardo?

¿Quién fue capaz de montar semejante espectáculo? O es que hasta ese momento, en verdad, Guajardo estaba decidido en pasarse al bando zapatista y tras la batalla fue tocado por el dedo divino de la recompensa y la tentación.

El 9 de abril, convencido, Zapata acepta celebrar una entrevista con Guajardo, acompañado de una pequeña escolta; únicamente Gil Muñoz, Ceferino Ortega y Feliciano Palacios, con quienes llega hasta Tepalcingo, Morelos.

Situado con sus tropas en una loma, fuera de la Hacienda de Chinameca, Zapata se toma una cerveza y decide entrar al edificio. Sus hombres le dicen que no entre, que puede ser una trampa, pero Zapata está decidido y se monta en el As de Oros, un caballo alazán que el mismo Guajardo le había obsequiado.

Al entrar, la guardia que le hace valla —y que se dice eran oficiales disfrazados de tropa—, toca una bienvenida de atención rindiéndole honores.

Es ésta la señal para comenzar a disparar.

Así lo relata el parte de los hechos que la gente de Guajardo levanta tras la muerte del caudillo sureño:

“El 10 de abril, Guajardo con sus fuerzas se encontraba en el casco de la Hacienda, y Zapata con las suyas ocupaba una altura cercana, de donde vino cuando accedió a tomar la cerveza que con tanta insistencia se le ofrecía. Guajardo había mandado formar frente a la casa de la Hacienda en que se encontraba, veinte hombres de su confianza, algunos de ellos oficiales con traje de tropa, explicando que era la guardia que haría los honores al general Zapata, con un clarín que daría el toque respectivo.

“Estos hombres estaban ya prevenidos (sic) para lo que había de suceder y tenían instrucciones de que al presentarse Zapata y lanzar el clarín el primer punto de atención, debían hacer fuego sobre el cabecilla suriano y la gente que le acompañaba, procurando a todo trance coger a Zapata, vivo o muerto.”

“Eran cerca de las dos de la tarde del día 10 de abril. Zapata se acercó montando un magnífico caballo que previamente le había obsequiado el coronel Guajardo, llevando a su lado a los generales de división, Gil Muñoz “El mole”, Zeferino Ortega y Jesús Capistrán, y seguido por su escolta. El clarín lanzó el primer toque para hacer los honores al jefe rebelde, y de acuerdo con lo convenido, los soldados de Guajardo dispararon sus armas, entablándose el combate. Varias balas hicieron blanco en Zapata y en el caballo que montaba y al desplomarse el cabecilla, fue inmediatamente recogido por los soldados del 5° Regimiento, conforme a las órdenes recibidas.”

Así fue. Apenas cae al suelo, el cadáver de Zapata es recogido por los soldados de Guajardo y lo resguardan en el interior de la Hacienda.

Eran las dos de la tarde.

Dos horas después, el traidor Guajardo ordena que carguen el cadáver en una mula y se lo lleva con sus tropas hacia la ciudad de Cuautla. Es ahí donde el cadáver de Zapata es fotografiado, de ahí

son las fotos donde se le mira dormir sereno, alejado de preocupaciones.

Para entonces, la noticia ha corrido por toda la región y miles se acercan al lugar para comprobar que es cierto. Dicen que la gente temblaba al mirar el cuerpo de su caudillo cubierto de sangre.

En la misma ciudad de Cuautla, Emiliano Zapata fue sepultado en una modesta tumba mientras a Jesús M. Guajardo le eran entregados cincuenta mil pesos por su tarea cumplida.

XIII

Y aquí se acaba la historia contada a pedazos sobre un hombre llamado Emiliano Zapata que hizo la Revolución a lomo de caballo, el mismo que alguna vez dijo:

“Infórmese usted, licenciado, con los vecinos de mi pueblo, cómo es cierto que poseía yo de antes de la Revolución mejores caballos, mejores sillas vaqueras y más lujosos trajes de charro que los que tuve a mi disposición durante la época revolucionaria. Ello demostrará a usted que yo no entré a la Revolución para luchar y obtener provechos personales, ya que por mi trabajo obtuve siempre lo que me hacía falta y todo lo que un buen charro puede ambicionar.”

XIV

Finaliza la biografía de un hombre. Y tras todo esto, se parte de la dificultad para contar el paisaje de esos días, para decir cómo sonaban esos balazos de carabinas viejas, de la labor de esas mujeres fieles ayudando en la lucha, de la fragilidad de esas trincheras realizadas con costales de maíz, con piedras.

¿Quién tomó esa foto donde se ven mujeres al pie de una fogata, al pendiente de humeantes ollas y donde se supone que algo se está guisando? ¿De qué es el guiso? ¿Qué se comía en ese despoblado?

Y quiénes son esos hombres y mujeres que ante la vista de una cámara fotográfica se colocan en posición de firmes, acaso influenciados por la voz del fotógrafo que les pide no se muevan para que la toma sea buena, de ahí esa rigidez. Pocos son los que se permiten colocar los brazos en jarras, alzar una pierna y colocarla sobre una tranca, sonreír.

¿Cómo se llama el cerro al fondo de esa fotografía donde aparece un tren volado, roto en sus fierros?

¿Y qué piensan esos hombres que viajan a caballo contemplando el infinito?

¿Y la tierra? ¿Dónde había quedado la tierra por la que se empezó todo este asunto de la muerte y la lucha? ¿Te acuerdas, Emiliano?

XV

*Abril de mil novecientos diecinueve,
en la memoria quedará del campesino
como una mancha en la historia.*

*Campanas de Villa Ayala,
¿por qué tocan tan dolientes?*

*—Es que ya murió Zapata
y era Zapata un valiente.*

Muchos son los que dicen que Zapata no ha muerto, que jamás murió en Chinameca, que de noche cabalga en su caballo blanco por las montañas del sur.

Otros dicen que es su fantasma, esperando se haga justicia.

PLAN DE AYALA

PLAN LIBERTADOR de los hijos del estado de Morelos, afiliados al ejército insurgente, que defienden el cumplimiento del Plan de San Luis Potosí, con las reformas que han creído conveniente aumentar en beneficio de la Patria Mexicana.

Los que suscribimos, constituidos en la Junta Revolucionaria para sostener y llevar a cabo las promesas que hizo la Revolución del 20 de noviembre de 1910, próximo pasado, declaramos solemnemente ante la faz del mundo civilizado que nos juzga y ante la Nación a que pertenecemos y amamos, los propósitos que hemos formulado para acabar con la tiranía que nos oprime y redimir a la Patria de las dictaduras que se nos imponen, los cuales quedan determinados en el siguiente Plan:

1. Teniendo en consideración que el pueblo mexicano, acaudillado por Don Francisco I. Madero fue a derramar su sangre para reconquistar sus libertades y reivindicar sus derechos conculcados, y no para que un hombre se adueñara del poder violando los sagrados principios que juró defender bajo el lema de “Sufragio efectivo, no reelección”, ultrajando la fe, la causa, la justicia y las libertades del pueblo; teniendo en consideración que ese hombre a que nos referimos es Don Francisco I. Madero, el mismo que inició la precitada Revolución, el cual impuso por norma su voluntad e influencia al gobierno provisional del ex presidente de la República, licenciado Don Francisco León de la Barra, por haberle aclamado el pueblo su Libertador, causando con este hecho reiterados derramamientos de sangre, y multiplicadas desgracias a la Patria de una manera solapada y ridícula, no teniendo otras miras que satisfacer más que ambiciones personales, sus desmedidos instintos de tirano y su profundo desacato al cumplimiento de las leyes preexistentes emanadas del inmortal Código de 57, escrito con la sangre de los revolucionarios de Ayutla.

Teniendo en consideración que el llamado jefe de la Revolución libertadora de México no llevó a feliz término a la Revolución que

gloriosamente inició con apoyo de Dios y del pueblo, puesto que dejó en pie la mayoría de poderes gubernativos y elementos corrompidos de opresión del gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, que no son ni pueden ser en manera alguna la legítima representación de la soberanía nacional; y que por ser acérrimos adversarios nuestros y de los principios que hasta hoy defendemos, están provocando el malestar del país y abriendo nuevas heridas al seno de la Patria para darle a beber su propia sangre.

Teniendo en consideración que el supradicho señor Francisco I. Madero, actual presidente de la República, trata de eludirse del cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación en el Plan de San Luis Potosí, ciñendo las precitadas promesas a los convenios de Ciudad Juárez, ya nulificando, persiguiendo, matando o encarcelando a los elementos revolucionarios que le ayudaron a que ocupara el alto puesto de presidente de la República por medio de sus falsas promesas y numerosas intrigas a la Nación.

Teniendo en fuerza bruta de las bayonetas y de ahogar en sangre a los pueblos que le piden, solicitan o exigen el cumplimiento de sus promesas a la Revolución, llamándolos bandidos y rebeldes, condenando a una guerra de exterminio sin conceder ni otorgar ninguna de las garantías que prescriben la razón, la justicia y la ley.

Teniendo en consideración que el presidente de la República, señor Don Francisco I. Madero, ha hecho del “Sufragio efectivo” una sangrienta burla al pueblo, ya imponiendo contra la voluntad del mismo pueblo en la vicepresidencia de la República, al licenciado José María Pino Suárez o ya a los gobernadores de los estados, designados por él, como el llamado general Ambrosio Figueroa, verdugo y tirano del pueblo de Morelos, ya entrando en contubernio escandaloso con el partido científico, hacendados feudales y caciques opresores enemigos de la Revolución proclamada por él, a fin de forjar nuevas cadenas y de seguir el molde de una nueva dictadura, más oprobiosa y más terrible que la de Porfirio Díaz; pues ha sido claro y patente que ha ultrajado la soberanía de los estados, conculcando las leyes sin ningún respeto a vidas e intereses, como ha sucedido en el estado de Morelos y otros, condu-

ciéndonos a la más horrorosa anarquía que registra la historia contemporánea.

Por éstas consideraciones declaramos: al susodicho Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la Revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la fe del pueblo y pudo haber escalado el poder: incapaz para gobernar, por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos, y traidor a la Patria por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades, por complacer a los científicos hacendados y caciques que nos esclavizan, y desde hoy comenzamos a continuar la Revolución principiada por él hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen.

2. Se desconoce como jefe de la Revolución al C. Francisco I. Madero y como presidente de la República por las razones que antes se expresan, procurando el derrumbamiento de este funcionario.

3. Se reconoce como jefe de la Revolución libertadora al ilustre general Pascual Orozco, segundo del caudillo Don Francisco I. Madero, y en caso de que no acepte este delicado puesto, se reconocerá como jefe de la Revolución al C. general Emiliano Zapata.

4. La Junta Revolucionaria del estado de Morelos, manifiesta a la Nación bajo formal protesta: que hace suyo el Plan de San Luis Potosí con las adiciones que a continuación se expresan en beneficio de los pueblos oprimidos, y se hará defensora de los principios que defiende hasta vencer o morir.

5. La Junta Revolucionaria del estado de Morelos no admitirá transacciones ni componendas políticas hasta no conseguir el derrumbamiento de los elementos dictatoriales de Porfirio Díaz y Don Francisco I. Madero; pues la Nación está cansada de hombres falaces y traidores que hacen promesas como libertadores, y que al llegar al poder, se olvidan de ellas y se constituyen en tiranos.

6. Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos, caciques o hacendados a la sombra de la tiranía y de la justicia venal, entrarán en posesión de estos bienes inmuebles

desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes de esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance, con las armas en la mano la mencionada posesión y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos, lo deducirán ante tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

7. En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura por estar monopolizados en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por éstas causas expropiarán previa la indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fondos legales para pueblos, campos de sembradura o de labor, y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

8. Los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan; se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos les correspondan se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones para las viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en la lucha por el presente Plan.

9. Para ejecutar los procedimientos respectivos a los bienes antes mencionados, se aplicarán leyes de desamortización y nacionalización según convenga; pues de norma y ejemplo pueden servir los puestos en vigor por el inmortal Juárez, a los bienes eclesiásticos que escarmentaron a los déspotas y conservadores, que en todo tiempo han pretendido imponernos el yugo ignominioso de la opresión y del retroceso.

10. Los jefes militares insurgentes de la República, que se levantaron con las armas en la mano a la voz de Don Francisco I. Madero, para defender el Plan de San Luis Potosí y que ahora se opongan con fuerza armada al presente Plan, se juzgarán traidores a la causa que defendieron y a la Patria, pues en la actualidad muchos de

ellos por complacer a los tiranos, por un puñado de monedas, o por cohecho o soborno, están derramando la sangre de sus hermanos que reclaman el cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación Don Francisco I. Madero.

11. Los gastos de guerra serán tomados conforme a lo que prescribe el artículo XI del Plan de San Luis Potosí, y todos los procedimientos empleados en la Revolución que emprenderemos, serán conforme a las instrucciones mismas que determine el mencionado Plan.

12. Una vez triunfante la Revolución que hemos llevado a la vía de la realidad, una junta de los principales jefes revolucionarios de los diferentes estados, nombrará o designará un presidente interino de la República, quien convocará a elecciones para la nueva formación del Congreso de la Unión, y éste a la vez convocará a elecciones para la organización de los demás poderes federales.

13. Los principales jefes revolucionarios de cada estado, en junta, designarán al gobernador provisional del estado a que corresponda, y este elevado funcionario convocará a elecciones para la debida organización de los poderes públicos, con el objeto de evitar consignas forzosas que labran la desdicha de los pueblos, como la tan conocida consigna de Ambrosio Figueroa en el estado de Morelos, y otras que nos conducen al precipicio de conflictos sangrientos sostenidos por el capricho del dictador Madero y el círculo de científicos y hacendados que lo han sugestionado.

14. Si el presidente Madero y demás elementos dictatoriales, del actual y antiguo régimen, desean evitar inmensas desgracias que afligen a la Patria, que hagan inmediata renuncia de los puestos que ocupan, y con eso en algo restañarán las grandes heridas que han abierto al seno de la Patria; pues de no hacerlo así, sobre sus cabezas caerá la sangre derramada de nuestros hermanos, y:

15. MEXICANOS: considerad que la astucia y la mala fe de un hombre está derramando sangre de una manera escandalosa por ser incapaz para gobernar, considerad que su sistema de gobierno está aherrojando a la Patria, y hollando con la fuerza bruta de las bayo-

netas, nuestras instituciones; y así como nuestras armas las levantamos para elevarlo al poder, ahora las volvemos contra él por faltar a sus compromisos con el pueblo mexicano y haber traicionado la Revolución iniciada por él: no somos personalistas, somos partidarios de los principios y no de los hombres.

Pueblo Mexicano: apoyad con las armas en la mano este Plan, y haréis la prosperidad y bienestar de la Patria.

JUSTICIA Y LEY

Ayala, Noviembre 2 de 1911

Gral. EMILIANO ZAPATA